NUEVO ROMANCE,

EN QUE SE REFIEREN LOS PORTENTOSOS lances que le sucedieron al Capitán Don Carlos, y à su Esposa Doña Juana Merino.

QUien de Cupido se fia,
y en él pone su esperanza,
vive ciego en este mundo,
que como niño le engaña.
Por èl se vén mil desdichas,
fatalidades, desgracias,
ruidos, muertes, y afrentas;
y sus almas arriesgadas
à padecer graves penas,
sepultadas en las llamas.
No tengo mas que dezir,
aqui se cierra esta plana,
dandole à entender al vulgo
lo que del amor se saca.
Con el auxilio feliz
de la Trinidad Sagrada,
el Padre tambien, y el Hijo,
del Espiritu en compañía,
despierte mi entendimiento,
paraque en breves palabras
explique à los que me oyen
la mas poderosa hazaña
que en los anales se ha visto,
y en los archivos se halla.
Fué el caso, que una Señora
de sangre calificada,
natural de Zaragoza,
á quien persiguió la parca
de la fortuna, que à muchos
sigue, que al fin es boltaria.
Llegò à esta Ciudad gozoso
un Capitan de gran fama,
galán, discreto, y tan noble,
como lo dize su fama,
con licencia de Felipe,
que Dios guarde edades largas.
Puso su sitio, y Vandera
enfrente de las ventanas
de aquella noble Señora;
y un Domingo de mañana,
por entre rayos de luzes
vido una rosa temprana,
retratandose á un espejo,
que el claro cristal empaña,
la hermosura de sus ojos,
de su frente, y de su cara.
Tiró Cupido una flecha,
y el entre mortales ansias

quitó

quitó cortés el sombrero,
y en el suelo se postrava,
y en una discreta seña
le dixo aquestas palabras:
Soy muerto, bella señora,
si tu amor no me rescata
la vida que me has robado,
que en mi noble pecho entrava,
con essas vivas centellas
que de tus ojos exalas.
Correspondióle entendida,
muy discreta, y cortesana:
En fee de ser mi marido,
à todo estoy arriesgada;
pero por otro camino,
nula es vuestra confianza.
Don Carlos viendo su dicha,
luego aceptó la palabra:
prosiguieron sus amores
con villetes, y con cartas.
Al cabo de aqueste tiempo,
de nuestro Real Monarca
vino una orden expressa,
para que à Flandes se vaya.
Dióle à su prenda noticia
de lo que le precisava,
y entre los dos dispusieron
la hora para sacarla.
A diez y nueve de Mayo
puso su gente en campaña,
mandando à sus Oficiales
que prosiguen su jornada:
mas aquella misma noche
echó al balcon una escala:
la Dama que está en aviso,
no fué nada su tardanza.
Vino à este tiempo la ronda,
y siguiendo sus pisadas
le cercan, y reconocen;
y el señor Virrey le habla,
que si despachó su gente,
como no vá en su compaña,
que fuerza será dar cuenta
si de contado no marcha;
dandole quatro Ministros
para que le acompañáran,
hasta dexarle en su Tercio
que no le desempararán.
Vamos aora à la niña,
que en este tiempo passava
un buen hombre, que venia
con una yegua alazana.
Juzgando que era Don Carlos,
de secreto le llamàra,
diziendole, que parasse,
y en un cofre le arrojava
mas de doze mil ducados
en prendas, joyas, y alhajas:
baxó veloz à la calle,
y viendo que no le hallava,
llora, suspira, y solloza,
diziendo aquestas palabras:
Ay desdichada de mi,
quanta ha sido mi desgracia,
que fui la muger mas facil,
que en todo el mundo se halla:
supuesto que estoy perdida,
yo he de seguir tus pisadas.
Pusose à su rostro un velo,
y à las puertas se llegava
de una afligida Viuda,
y su ropa le entregava,
pidiendola de su esposo
el vestido que llevava.
Vistióse de un gruesso paño,
alpargatas, y polaynas,
con una montera vieja,
se salió desesperada,
diziendo que era Soldado.
Llegó à la raya de Francia
con otros quatro mancebos;
pero viendo que les falta
el sustento necessario,
luego de buscarle tratan.
Llegaron tarde à una Venta,
donde les dieron posada;
mas aquella misma noche
matan al amo de casa,
y à la ventera dexaron
en un poste maniatada:
robaron lo que alli hallaron,
y por su camino marchan,
y à la vista de Leon
en una quinta descanzan,
donde le dieron assalto,
robando el oro, y la plata.
Noche del Señor San Pedro,
dentro la Corte de Francia
robaron tres Mercaderes,
y porque no les buscáran
les despachen por la posta,
que la muerte les aguarda.

Se

Se salen para Tolon,
y à dos Peregrinas hallan:
quisieron burlarse dellas,
y ella defendió la causa,
pues à un compañero suyo,
de dos fuertes estocadas,
y à otro con una pistola,
dexó dos cuerpos sin alma:
fueronse las Peregrinas,
rindiendole muchas gracias.
Luego trató de embarcarse,
porque ya se rezelava:
llegaron los tres à un Puerto,
que una Nave se aprestava
para Levante, y en èlla
su viage concertava.
Y en aquella misma noche
èlla, y sus dos camaradas
tuvieron un gran combite
de pasteles, y empanadas,
se brindaron à menudo,
mas èlla no lo gustava;
los dos perdieron las fuerzas,
y al sueño se entregavan;
se retiraron à un quarto,
y à las dos de la mañana
tiraron pieza de aviso,
y à los dos los escusava
los malos passos que han hecho,
à los filos de una daga.
Cargó con quanto tenian,
y à favor del viento marcha:
llegó à dar vista gozosa
al Puerto que deseava,
con nuevecientos doblones,
y mucha moneda en plata,
se passeava gustosa,
comia, y se regalava
siempre con los Militares
era toda su habitanza.
Y estando assentada un dia,
conoció un Cabo de Esquadra
del Tercio de su querido,
llegó travando palabras,
que razones traen razones,
con que conoció la Dama,
que no era causa Don Carlos
de todo lo que le passa.
Correspondió agradecida,
que alli tiene su posada,
que quanto se le ofreciera
por él sacará la cara.
Y al otro dia siguiente
se compró una rica gala,
un coleto de ante fino,
y una linda espada, y daga.
Se fué con otros amigos
donde está el cuerpo de guardia
de que el Capitán le vió,
à sus Oficiales manda,
que le llamen aquel mozo,
porque mucho le agradava:
preguntó si era Español,
y ella cortesana le habla,
que desde su nacimiento
noble Español se llamava;
con suplicas, y dineros
al instante sentó plaza.
En un meson la aloxaron
con su patente firmada;
y estando juntos comiendo,
conoció algunas alhajas;
y el huesped le dixo, amigo
tambien yo he estado en España,
en Alicante, en Valencia,
en Castilla, y en Navarra:
y una noche en Zaragoza
por cierta parte passava
á cavallo en una yegua,
quando por una ventana
de secreto me llamaron,
y en un cofre me arrojaron
quanta riqueza posseo,
en que compré aquesta casa.
Dissimuló quanto pudo,
y assi que en claro lo saca,
con una daga furiosa
le abrió tres puertas al alma.
A las vozes, y al ruido
acudió el mozo de casa
para quererle agarrar,
pero de una puñalada
le pagó con el azero
la codicia que llevava.
Vino toda la justicia,
y à la carcel la llevavan:
la encierran, y aprisionan,
y averiguando la causa,
la sentencian de que muera.
Y un Martes por la mañana
la sacaron de la carcel
con mucha gente en compañía,

y

y una ilustre Compañia
de Soldados de importancia.
Llegó afligida en el suplicio,
y á un Religioso le encarga
que le llamen á Don Carlos,
Capitan de aquella Esquadra;
le ha dicho : Señor Don Carlos,
vuestra nobleza me ampara
todas aquellas finezas
que en Zaragoza pasavan.
Respondióles Hermano mio
mire en el puesto que se halla:
repare que va à morir.
Pues Señor , vos sois la causa,
respondióle , de que suerte?
Señor yo lo digo , y basta :
no os acordais los favores,
las penas , fatigas , y ansias
que por mi haveis padecido?
Quien os dió essa esmeralda
que llevais en este dedo?
Con quien tan dulzes palabras ,
con quien tan tiernos requiebros,
con quien quedó efectuada
palabra de ser tu Esposa,
aqui está la desdichada
de Doña Juana Merino,
en quien vos idolatravais:
si quiera por ser muger
oy vuestro auxilio me valga,
que ya conoceis el tronco,
mi nobleza , sangre , y casa:
que si no os basta en razones,
aqui me teneis postrada :
vertiendo mares de perlas
sus ojos manifestavan.
Arrojóse , y abrazóla,
y à la Compañia manda
que pusiessen bala en boca,
y en un Convento la entrava,
ofreciendo su cab.za
por librar aquella Dama.
Escrivieron à sus padres,
y con testigos declaran
de las razones que ha dicho:
y al huesped de la casa
le embargan quanto tenia,
las prendas , joyas , y casa.
Vino su padre , y su tio
para llevarla à su patria ;
mas ella firme responde,
que su intento es ser casada
con el Capitan Don Carlos,
pues que tanto le costava.
Gustoso el Señor Obispo
mandó que los desposáran:
con fiestas , y con torneos
las bodas se celebravan.
Nuestro Rey que supo esto,
à Don Carlos adelanta
para Maestre de Campo,
porque le estimó la hazaña.
Escarmienten las mugeres,
reparen en Doña Juana,
que anduvo rondando el mundo
con su honra acrisolada,
hasta que la dexò en manos
de quien tanto deseava.

FIN.

Barcelona : Por JUAN JOLIS Impressor , en la calle
de los Algodoneros.